

Autor : Jordi Pujol

La Pedrera. Barcelona, 4 de junio de 2002

Señoras y señores:

Como ya saben, les quiero hablar de la grandeza y la miseria de la política. Por cierto, un amigo me comentó ayer que el título ya dice todo lo que se pueda decir, que estas dos palabras solamente, grandeza y miseria, ya son la base para toda persona interesada en reflexionar sobre la condición de la política y del político. Pero supongo que ustedes esperan que diga alguna cosa más. Lo intentaré.

Hago esta conferencia en un momento que no es demasiado adecuado. O tal vez sí lo sea, ya que también se puede pensar que es preciso y es justo, que precisamente ahora se haga una defensa de la política. Lo que no sé es si yo, político en activo, soy la persona más adecuada para hacerlo. Pero dado que hay poca gente dispuesta a hacerlo, lo hago yo, como conocedor de la política por dentro y, por lo tanto, en primera persona, y también por lo que hay de criticable en la acción de los políticos.

Todo el mundo se atreve a hablar mal de la política y de los políticos. Todo el mundo habla, respecto a la actividad política, de desencanto, de escepticismo y de desinterés.

Creo que esta actitud es errónea y también injusta, pero tiene su explicación y, por desgracia, también tiene fundamento. Por otro lado, es verdad que, por su carácter de servicio público, la acción de los políticos debe ser especialmente vigilada. Los políticos tratamos con bienes e intereses públicos, es decir, de todo el mundo. Pero considero que es una necesidad de la sociedad recuperar el prestigio y la dignidad de la política. Porque ciertamente hay una miseria de la política y de los políticos, pero también puede haber una grandeza intrínseca en un tipo de servicio para el bien común que sólo se puede hacer desde la política. Es verdad que existen otras formas de servir al bien común, pero hay algunos aspectos muy importantes en este servicio que sólo se pueden atender desde la política.

Por otro lado, adoptar alegremente y por sistema una actitud de recelo, menosprecio o rechazo contra la política, puede ser muy perjudicial para la sociedad. En dos sentidos: porque la sociedad necesita la acción política y porque en esta actitud hay un componente de no asunción por parte de la gente de las propias responsabilidades individuales y colectivas.

Les pondré un ejemplo: a veces, cuando voy a inaugurar una escuela y están los padres, los maestros y el alcalde, les digo: «El Gobierno de Cataluña tiene una responsabilidad frente a la enseñanza, la formación de los chicos y chicas, y los profesores y el Ayuntamiento también, pero los principales responsables de sus hijos son ustedes, los padres.» Naturalmente, las administraciones

tienen que ayudar y los maestros tienen un papel capital, pero el deber principal es de los padres. A menudo, me encuentro que ciertos padres, cierta parte de la oposición y ciertos medios de comunicación me critican porque dicen que quiero endosar la responsabilidad a los padres. Nosotros no podemos renunciar a nuestra responsabilidad como Gobierno, ni los partidos de la oposición a la suya, pero tampoco los padres. Una de las maneras de renunciar a ella es decir: «que lo hagan los políticos y los maestros». Es muy fácil afirmar: «¿No va bien? Pues es culpa de los políticos y, en este caso, también de los maestros.» Esto es un ejemplo de rechazo y de desprestigio de la política. Es malo para los políticos pero, sobre todo, para la gente y, muy especialmente, para los hijos, para los chicos y las chicas.

Antes de entrar en el tema, tengo que hacer dos comentarios o advertencias. El primero es que esta conferencia no responde a ningún objetivo que vaya más allá de sí misma. No la hago para explicar nada ni para justificar nada de la actual política de la Generalitat o de CiU. Me miro la política, por un lado, con una gran trayectoria a mis espaldas; por otro, sobre todo, con ganas de ayudar a crear actitudes positivas para el futuro. En todo caso, si me ha ilusionado hacer esta conferencia es debido a esa mentalidad, y no por el prurito del debate político inmediato.

La segunda cosa que tengo que decir es que no he venido a quejarme. No tengo derecho a quejarme. Si hago política es porque quiero. Nadie me ha obligado a ello.

He tenido muchas recompensas, alguna grande, y en su mayoría debo agradecerlas al pueblo de Cataluña.

No me quejo. Simplemente intento hacer que se entiendan algunas características del oficio de político y, en un momento más bien de desprestigio, quiero señalar la necesidad de este oficio e, incluso, hacer ver que objetivamente tiene, y prácticamente puede tener, grandeza moral. Y también lo hago para pedir que la gente juzgue la política y a los políticos con tanta exigencia como quiera, pero haciendo también un esfuerzo de responsabilidad y de objetividad. Es conveniente que se haga así por el bien de la propia sociedad.

Hay que decir que esto no sucede sólo en Cataluña. En muchos países de Europa, y también en América, la política y los políticos se tienen en poca estima. Hace años en Instituto Gallup hizo una encuesta en Estados Unidos que dio el resultado siguiente: a muchas madres les gustaría que sus hijos fueran presidentes de Estados Unidos, pero no que fueran políticos. Esto es algo imposible, evidentemente, y poco racional.

¿Cuál puede ser la causa de ello? Hay quien dice que los políticos dan la sensación de no interesarse suficientemente por la gente. Y es cierto que, según mi opinión, la primera condición del político debe ser sentir de verdad

interés por la gente. De hecho, sentir cariño por la gente. ¿Tienen muchos políticos realmente este interés?

Yo creo que es difícil hacer de político a fondo y durante un largo tiempo sin interesarse de verdad por la gente. Pero admito que hay políticos en los que el *carrerismo*, la ambición o la vanidad ahogan este interés, o que el hábito da paso a una cierta rutina.

También hay una cuestión que ustedes deben entender y que forma parte de situaciones dramáticas algunas veces: llega un momento en que hay políticos que no saben hacer nada más; han empezado de muy jóvenes y llegado un momento se encuentran con que ya no pueden hacer de políticos, porque han perdido las elecciones, porque se han quedado arrinconados o por cualquier otro motivo. De vez en cuando, recibo a un alcalde –y a algún *conseller* mío– que me dice: «Mira, yo la próxima legislatura no quiero continuar.» El razonamiento típico de uno de estos alcaldes que se retira, después de veinticinco años de desempeñar el cargo es: «Mira, yo tengo cincuenta años y ahora todavía me veo con ánimo de hacer alguna cosa, todavía me siento con ánimo de abrir un despacho, pero si me quedo más, más pronto o más tarde, todo se acaba y llegará un momento en el que me puedo quedar en la calle y me será muy difícil tirar adelante.» La gente no se da cuenta de estos problemas. El caso es que, como decía, el político que hace de político a fondo y durante un largo periodo de tiempo se interesa por la gente, porque es muy difícil hacer bien de político si no sientes cariño por el trabajo que haces, como sucede en cualquier otra actividad humana, y para sentir cariño por el trabajo de político debes sentir cariño por la gente.

Hay quien dice también que cada vez más gente cree que los políticos han ido perdiendo poder de decisión. Que los organismos internacionales, las multinacionales, los mercados, los tecnócratas y la propia Unión Europea mandan mucho más que ellos. Pero lo cierto es que, en condiciones similares, existen países que a través de su política van mejor que otros que aplican otra diferente, a pesar de estar sujetos a los mismos condicionamientos.

Hay quien lo atribuye a la corrupción. Pero corrupción ha habido siempre. Siempre se ha dicho que «el poder corrompe». ¿Más o menos que ahora? Yo creo que menos, porque ahora hay mucho más control. De la oposición, de los medios de comunicación, de la sociedad en general. La corrupción era menos aireada a los cuatro vientos. Y era más asumida por la gente. Enseguida vuelvo a hablar de esto.

Otra causa podría ser lo que un autor llama la dialéctica negativa de la democracia.

La democracia –y en parte gracias a ello es el mejor régimen político que existe– comporta una constante confrontación entre los políticos. Esto hace que una parte muy importante del desprestigio de la política y de los políticos la provoquen los mismos políticos con el pimpampum al que ellos mismos se

someten y que, muchas, muchísimas veces, se basa en acusaciones poco fundamentadas. Un pimpampum que se convierte en una penosa cacofonía. El gremio de los políticos es el único que no tiene por objetivo la defensa de sus miembros, sino su desprestigio, incluso su ruina, contrariamente a lo que sucede en todos los demás gremios. Y las acusaciones de corrupción, a veces con base y a menudo sin ella, son una de las municiones preferidas en la competencia política.

Poco o mucho, esto siempre ha sido así. Y poco o mucho, los medios de comunicación –o simplemente la información que llega a la gente– han desempeñado siempre un papel importante. Nadie, y los políticos menos que nadie, puede pretender matar al mensajero. Y creo que era Tocqueville quien decía que para un régimen de libertad era más importante la libertad de prensa que los partidos políticos. Pero no deja de ser cierto que actualmente, mucho más que nunca, los medios de comunicación tienen un formidable poder de amplificación que, muy a menudo, incrementa el desprestigio de los políticos. En su libro *Perfiles de Coraje* Kennedy decía, ya hace más de cuarenta años, que «en la actualidad el coraje político (aclaro: las actitudes necesarias para tomar decisiones arriesgadas de difícil comprensión por parte de la gente) es más difícil que nunca. Y ello se debe al hecho de que nuestra vida diaria está, cada día más, tan sometida al impacto de las comunicaciones masivas, que cualquier acción impopular o poco corriente provoca una tempestad de protestas como John Quincy Adams nunca habría podido imaginar en 1807».

Les explico esto de 1807, porque John Quincy es uno de los personajes que él estudió. Tomó una decisión muy difícil que lo hizo muy impopular y lo arrasaron. Después, cuando ya era muy mayor, fue presidente de Estados Unidos. Pero Kennedy dice: «la campaña que se hizo contra Adams en 1807 nada tiene que ver con lo que hoy en día se puede hacer con los medios de comunicación actuales».

Repito: no se trata de matar al mensajero. Los medios tienen la obligación de informar. Pero es tanta su fuerza que están obligados a hacer una cierta introspección crítica. Es decir, tienen la obligación de ser muy cuidadosos. Tienen la obligación, por ejemplo, de analizar a qué se debe que, tan y tan a menudo, de hecho la mayoría de las veces, las acusaciones que unos políticos difunden contra otro político, valiéndose de la difusión mediática –lo que antes decía del pimpampum–, finalmente, cuando llegan al juez, o incluso antes, queden en nada.

Ahora bien, a pesar de todo esto una cosa es cierta: la política es necesaria. Lo es en general y lo es en su versión democrática basada en los partidos. No hay democracia sin partidos políticos. Y es necesaria también, porque sin política la acción de dirección de un país y de una sociedad es insuficiente, queda coja. Porque es verdad que la sociedad civil, ella sola, puede hacer mucho en la

labor que llamamos de construcción de un país y de impulso de una sociedad, pero ella sola no puede rematar, no puede consolidar. Le hace falta la política.

El objeto de la política es el servicio a la colectividad. Por lo tanto, por definición es una actividad noble. Y es un servicio, y esto es importante, hecho con visión global, hecho en términos de interés general. Digo que es importante porque hay acciones de servicio a la colectividad muy loables, pero no hechas en términos globales. Este es un elemento importante de la grandeza de la política. Preciso que la expresión «términos globales» es aplicable a todos los niveles de la acción política. También a la de un político de pueblo pequeño. Significa no actuar sólo en términos parciales o sectoriales dentro del territorio correspondiente.

El alcalde de un pueblo de tamaño mediano o pequeño tiene una asociación de vecinos que le pide un centro cívico, unos maestros que le piden una escuela nueva, unos campesinos que quieren que se hagan caminos para acceder a los campos y a los bosques, una plataforma que le dice que lo más importante es salvar un bosquecito que peligra porque tendrán que talar cuatro árboles para hacer el camino que los campesinos piden, una gente que dice que debe hacerse un polígono industrial. Todo esto le pasa al alcalde de un pueblo o de una ciudad mediana, y todo el mundo lo tiene muy claro: el ecologista quiere conservar los pinos, el campesino quiere el camino, los industriales quieren el terreno industrial y la asociación de vecinos quiere el centro cívico, pero quien tiene que resolver la cuestión es él, con una visión de conjunto, con una visión global.

El otro hecho importante que hay que señalar es que el político está obligado, más que nadie, a rendir cuentas ante un país. Más que nadie asume responsabilidad pública.

Responsabilidad pública y responsabilidad global. Y todavía un tercer hecho que quiero subrayar: el político tiene que tomar decisiones. Decide y dirime: son dos conceptos muy similares, pero no totalmente coincidentes.

Insistiré en estas tres ideas contemplándolas desde otro ángulo:

1. Pregunto: ¿ante quién rinde cuentas un dirigente de una ONG? Podemos decir muchas cosas positivas del conjunto de las ONG, pero repito: ¿ante quién son responsables? De sus errores, cuando los cometen, ¿quién les pide cuentas?

La misma pregunta planteo referida a un periodista o a un académico. Todos son personas que opinan y, a menudo, sus opiniones son valiosas y útiles. Muy a menudo. Pero ante el país, ¿qué responsabilidad tienen? Nadie les pide cuentas si se equivocan.

Al político sí que se las piden. Cada cuatro o cinco años se tiene que someter al veredicto electoral. Los medios de comunicación le tienen puesto el ojo encima y denuncian sus errores, reales o supuestos (y ni qué decir de

la oposición). Todo ello incluso suponiendo que el clima político sea respetuoso y civilizado (es decir, incluso sin caer en el pimpampum que antes he denunciado).

Les pondré un ejemplo. Hace treinta años el Club de Roma, que era y es una institución muy respetable, preconizó el crecimiento cero porque decía que íbamos hacia el agotamiento de los recursos. Era una visión errónea. Si algún Gobierno hubiera hecho caso de ello y hubiera aplicado una política de crecimiento cero, los electores en la primera o en la segunda elección lo habrían echado. En cambio, al Club de Roma nadie le ha pedido cuentas de su error. Incluso hay quien dice que su error ha sido útil porque ha obligado a profundizar en cuestiones de sostenibilidad. Pero fue un error que nadie cree necesario recordar y que afortunadamente los gobernantes no aplicaron en sus políticas.

En las decisiones que había que tomar sobre esto nadie se jugaba el estatus, el prestigio o la viabilidad de su proyecto, excepto los políticos.

Si un día TV3 va muy mal por razones económicas o por falta de audiencia, debido a la poca calidad o porque actúa con un sectarismo excluyente, si no cumple bien su objetivo de política lingüística o si tiene lugar un fracaso del tipo que sea, ¿a quién se le pedirán cuentas?

Al Gobierno y al Parlamento catalanes, es decir a los políticos. Y tal vez al director general de la Corporación. Pero a nadie más.

Si la economía no va suficientemente bien, si baja el nivel de vida, si perdemos competitividad, ¿a quién se le pedirán cuentas? No se pedirán a los profesores de economía ni tampoco a los empresarios, ni a los articulistas, sino al Gobierno, a los políticos.

Son los políticos, sobre todo, los que asumen la responsabilidad ante el país. No diré que exclusivamente, pero casi. Y ésta es una de las cosas que confiere grandeza a la política. La grandeza y la nobleza que se derivan del compromiso, del riesgo del error, del riesgo de incompreensión, incluso de la propia insatisfacción.

2. Hay mucha gente dispuesta a hacer un esfuerzo de un día, o de un año, o de dos o tres años. Pero, ¿cuánta gente hay dispuesta a dedicar a una causa años y años, tantos como haga falta? ¿A adquirir un compromiso público, permanente y no volátil?

En las ONG hay mucha gente así. Y en los movimientos de la Iglesia, también. Y en muchas entidades diversas. O sea que este aspecto es compartido con otras formas de acción pública. Pero en la política este tipo de compromiso se da en un grado elevado. Y esto es muy positivo.

3. Me refiero nuevamente a que existen ONG, plataformas ciudadanas, entidades sociales o culturales que defienden una cosa concreta, a veces

muy importante. Y asociaciones de vecinos que reclaman mejoras para su barrio, y es muy legítimo. Pero por más que esto sea legítimo no dejan de ser intereses particulares o aspectos parciales del interés general.

Leía hace poco como un autor francés se quejaba de que actualmente, según él menos que antes, «no hay ninguna voluntad general que se sitúe por encima de la gama prosaica de los intereses particulares».

Decía que hoy escasea lo que él llama la «voluntad general» y que yo prefiero llamar el sentido del interés general. El interés, dice este autor, al servicio de la comunidad de ciudadanos.

Esto es exactamente un déficit de política. Y el político –el político, no el técnico– tiene que saber interpretar este interés general y tomar las decisiones adecuadas. Esto es la política. En todo caso, es lo que debe ser. Y esto es otro factor de grandeza.

4. Todo ello nos lleva a aquel otro punto que antes he mencionado: el político tiene que tomar decisiones. Todo el mundo toma decisiones, claro. En casa, en el negocio, en el club deportivo, en la cooperativa. Pero estoy hablando de decisiones de las que se tiene que responder ante el conjunto de la población. De decisiones públicas que deben tener en cuenta muchos intereses contradictorios, entre los cuales el político tiene que dirimir. El político, más que nadie, dirige y decide. Y no puede ser unilateral; debe tener una visión global de los problemas planteados.

Cada dos por tres nos llegan manifiestos, opiniones y propuestas; también protestas. Incluso estudios técnicos muy bien hechos. Y críticas a menudo acertadas. Y la presión de la calle; la del propio partido, y la de los votantes. A menudo, todo ello muy contradictorio y, en alguna ocasión, contradictorio con la realidad.

Con todo esto sobre la mesa, el político tiene que decidir. Y tiene que dirimir. Y lo tiene que hacer él. No se lo tienen que hacer los profesores ni los poderes económicos, ni los ecologistas, ni las ONG, ni los periodistas, ni los asesores de imagen, ni ningún lobby. Muchos de ellos le pueden asesorar, pero tiene que decidir él. Entre otras cosas, porque ante el país él es el más responsable. El que, con mucho, asume más responsabilidad.

Hace poco, hablando con unos profesores universitarios que habían ido a la manifestación con el lema «Otra Europa es posible», les pedí que me explicaran cuál podía ser esa otra Europa y cómo se podía construir. Me dijeron que no lo sabían, pero que eso era cosa mía, o de los políticos, que ellos simplemente querían expresar la insatisfacción que a ellos y a otros como ellos les producía la Europa actual. Yo les dije: «Escuchen, ustedes viven muy cómodamente». Y me dijeron que sí, que vivían muy cómodamente. Los políticos no pueden vivir tan cómodamente.

Encuentro respetable este razonamiento de los profesores, pero no es asumible por un político. Un político debe optar y debe tomar decisiones. Se tiene que comprometer. Tiene que correr el riesgo de equivocarse. Tiene que decidir. Y esto es precisamente un componente de la grandeza de la política.

Si ustedes me dicen que todo esto está muy bien, pero que lo que sucede es que los políticos no estamos a la altura de esta grandeza, que yo creo que en principio tiene la política y que cae a menudo en la miseria, les diré que, en parte, tienen razón.

Y ya les he dicho que nosotros mismos contribuimos a nuestro descrédito (ayudados por terceros). Pero no somos los únicos que, a menudo, no hacemos bien lo que tenemos que hacer. En cambio, somos los más vistos.

Algunos filósofos, como por ejemplo Platón, han propugnado que dado que el servicio público, el servicio de la *res publica*, es tan importante, los políticos tendrían que ser hombres de gran virtud y gran sabiduría. Han hablado del gobierno de los sabios y de los virtuosos. Pero esto no es posible e, incluso, puede ser negativo. No siempre los sabios son buenos gobernantes ni siempre los muy virtuosos tienen buenas resonancias humanas. De hecho, las experiencias que ha habido en esta línea, generalmente, no han sido buenas.

Ahora bien, sí que hay unas ciertas cualidades que se nos tienen que poder pedir a los políticos. Pero hablar de esto no es propiamente el objeto de esta conferencia. Ni probablemente yo soy la persona más indicada. Ahora bien, tal vez sería bueno que esto fuera objeto de reflexión en nuestra sociedad. Una reflexión serena, al margen de partidos concretos y políticos concretos. Una reflexión que debería recoger críticas sobre los políticos y ciertas formas de hacer política —y, afortunadamente, algunas autocríticas de los propios políticos—, pero que también debería analizar bien la naturaleza de la acción política, muy diferente, como ya he dicho, de la de tantos otros oficios y profesiones.

Una reflexión así seguramente definiría ciertas cualidades y ciertas actitudes convenientes en un político. Por ejemplo, conviene que tenga convicciones, que tenga carácter, que tenga sentido del bien común. Todo esto parece bastante evidente, pero no lo es tanto en la práctica. Ni es tan sencillo. Recuerden que Max Weber decía que hay una ética de la responsabilidad y una ética de la convicción, y que no siempre coinciden.

En una ocasión, un importante político alemán me comentaba: «En más de una ocasión he tenido que poner el bien común por encima de mis convicciones». Y yo, que sabía de qué me hablaba, creía que había actuado con honradez.

Esto puede pasar. Pero tiene que doler; tiene que hacer sangre al que lo hace. Y tiene que volver, tan rápido como pueda, a las convicciones.

Hace dos o tres años me invitaron a ir al Vaticano, con motivo de mi participación en la ponencia «Defensa de la familia y de la vida en el oeste de Europa» del Encuentro de Legisladores Políticos de Europa, organizada por el Consejo Pontificio pro Familia y que tenía como tema central «Los derechos humanos y el derecho de familia». Yo no era ponente pero era uno de los oradores, y coincidió que cuando yo fui hacía ocho días que el Parlamento de Cataluña, por iniciativa del Gobierno de CiU, había aprobado lo que vulgarmente se conoce como Ley de Parejas de Hecho, lo que no era la mejor introducción para entrar en aquel debate. En aquella reunión de gente muy importante –con muchos cardenales– y muy positiva, por cierto, y con un espíritu muy abierto, hay que decirlo, yo no fui increpado pero sí cuestionado: «¿Cómo es que usted, que pasa por ser un hombre católico, impulso esta Ley? ¿Cómo se explica eso?» Yo les dije: «Resulta que nosotros tenemos una realidad social que tenemos que atender y dentro de esta realidad social, si no tomamos determinadas medidas se producen situaciones de gran injusticia con algunas personas: por lo tanto, con unos ciertos límites –porque evidentemente habíamos recibido muchas presiones para ir más allá y no hicimos caso de ellas– hemos hecho esto.» Dado que vi que no les acababa de convencer, les dije: «Escuchen, en esta aula se encuentran unos cuantos diputados demócratacristianos alemanes que, ellos mismos u otros miembros de su partido, han votado una nueva Ley del Aborto. ¿Por qué –les pregunté– la votaron?» Pues por el siguiente motivo: en Alemania Occidental existía una Ley del Aborto bastante restrictiva y con la reunificación se encontraron que en Alemania Oriental tenían una Ley del Aborto, que era muy y muy permisiva. Había que encontrar una solución, porque resultaba que una persona de Leipzig podía abortar en cualquier momento y en cualquier condición, mientras que una persona de Frankfurt, no podía hacerlo, con todos los trapicheos que ello comporta. Y las unificaron reduciendo mucho el carácter tan permisivo que tenía la Ley oriental, la ex comunista, y ampliándolo un poco (introduciendo algún supuesto más o alguna condición un poco más laxa) en la Ley de Alemania occidental. E hicieron una única Ley. Para ello, se necesitaba una mayoría de dos tercios, pero resultó que socialistas, ex comunistas, liberales y verdes, que eran partidarios de la Ley y que habían defendido una Ley más permisiva, no sumaban los dos tercios. De forma que no había Ley si no la votaban 30 o 40 diputados demócratacristianos. Y así fue. Al acabar coincidí con una diputada demócratacristiana que me dijo: «Mire, yo le quiero explicar que soy antiabortista radical y que voté la Ley y además organicé entre nuestros diputados los que tenían que votar a favor para que saliera. Le debo decir que aquella noche no dormí, pero fue un caso en el que mi partido y yo tuvimos que anteponer lo que entendíamos que era el bien común –que era evitar la fractura en este terreno– a nuestras convicciones». Este ejemplo es especialmente dramático: no se trata de un poco más de renta o una infraestructura, sino que afecta a las íntimas convicciones de las personas. Esta señora me lo dijo muy afectada, llorosa –no sé lo que sucedió el domingo siguiente cuando fue a misa a su parroquia y se encontró con el párroco y con todos sus amigos–, pero alguien debía tomar esta decisión. Yo no me atrevo a decir si la tomaron bien o mal, pero es un ejemplo de lo que a veces puede suceder.

Otra cualidad de un político de verdad es el coraje. No se puede ser un político importante sin coraje (importante en el nivel correspondiente). Pero tampoco esto es sencillo. No siempre el coraje se puede expresar de una forma simple: blanco o negro. Yo no iré tan lejos como un político inglés, John Morley, que en una biografía que escribió sobre Gladstone llegó a decir que «la política es una actividad donde constantemente se tiene que elegir entre dos despropósitos». No es así. Pero sí que es cierto que, a menudo, es necesario el coraje para tomar decisiones que no están claras. No son de aquellas que producen satisfacción íntima. Son decisiones que, a veces, necesitan el coraje del negociador, porque, como ya he dicho en otras ocasiones, cualquier negociador fácilmente puede tener a los ojos de los suyos algo de traidor. El coraje, por lo tanto, de la impopularidad con los tuyos. Y finalmente el coraje que es necesario para trabajar para la próxima generación y no solamente para las próximas elecciones. El coraje que se necesita para tomar decisiones que no serán agradecidas, sino todo lo contrario.

En una ocasión, pronuncié un discurso explicando lo que había sido la aplicación del coraje y la capacidad de autoinmolación en Sadat, uno de los políticos que yo admiro. O como, por ejemplo, lo fue Collins, en el caso de la insurrección irlandesa. En cierta manera, como fue el caso de De Gaulle, que en un momento determinado tuvo mucho carácter y capacidad para enfrentarse con los suyos: «No vamos bien, ya sé que siempre os he dicho esto, pero ahora os digo que, haciendo esto, no vamos bien». De hecho, De Gaulle no se autoinmoló pero le faltó muy poco. En un par de ocasiones, le faltó muy poco para ello. En estos momentos Israel y Palestina necesitan políticos capaces de ir en contra de los suyos, de contradecir a los suyos y capaces de autoinmolarse. En cierta manera, es lo que hizo Rabin. No es necesario llegar a este dramatismo, porque cada día un político debe tomar este tipo de decisiones. «No me gusta hacer esto, no me deja nada satisfecho», sin llegar al dramatismo de lo que antes explicaba del aborto. Por lo tanto se necesita el coraje de ser impopular entre los tuyos. Es lo que estudia Kennedy en su libro.

En muchos países, sin los complejos que tantos catalanes tienen, diríamos que una de las virtudes que debe tener un buen político es el patriotismo. Entendido de dos formas: para empezar, a ras de tierra, como cariño hacia la gente, a la tierra y a los que te rodean. Pero también como cariño hacia el propio país.

Alguien puede decirme que si todo esto de la política es tan complicado, por qué la hacemos. O bien podría decir que con mis palabras corroboro que no puede haber suficiente consecuencia ni suficiente elevación, ni suficiente espíritu de servicio, ni quién sabe si suficiente honestidad en la política. Lo podría decir y ya he dicho que no he venido a quejarme. Personalmente, y como yo muchos otros, asumimos la responsabilidad y la servidumbre políticas.

Ya sé que la fuente nunca brota limpia. Que en la vocación de la política hay una mezcla de ambición de poder, de vanidad, a veces de *carrerismo*, de convicción, de voluntad de servicio y de idealismo. No todos estos ingredientes tienen que estar necesariamente presentes en el ADN de todos y cada uno de

los políticos. Pero la mayoría, con proporciones variables, están. Con resultados diferentes, a veces malos. Pero muy a menudo con unas proporciones que hacen que existan ganas reales de servir a la comunidad.

Los que tienen esta suerte pueden hacer política con alegría y con ilusión. Con convicción y al mismo tiempo con responsabilidad. Y con aquel patriotismo –no sonrían– que antes he dicho. Alguien decía –y por esto he dicho «no sonrían»– que es imposible que en un medio, en un ambiente tan convulso como es la política, tan dominado por la disputa, por el golpe bajo a veces, y tan asediado por la lucha de intereses, pueda germinar una ilusión, un ideal, un altruismo. Pero es que todas estas cosas positivas tienen que nacer antes de hacer política. Se tiene que ir a la política para servir a una ilusión, un proyecto, una idea de país y de sociedad, una nación, unas convicciones que ya tenemos. No hace falta haber estudiado Ciencias Políticas para entrar en política. Es necesario, naturalmente, tener formación, la que corresponda según los casos y los niveles. Pero, sobre todo, hay que tener una actitud positiva.

Ya he dicho antes que la fuente nunca brota limpia del todo. Pero si queremos que la política tenga dignidad, es preciso que muchos entren teniendo previamente unas convicciones, una ilusión y una vocación real de servicio.

Esto es muy importante si pensamos en los políticos jóvenes. La política tiene demasiadas trampas y demasiadas tentaciones para que la gente entre en ella sin una preparación y unos principios éticos. No vaya a ser que las cosas malas de la política se aprendan antes que las buenas.

Señoras y señores, les he querido hablar de un tema –el de la política y de los políticos– de una forma que no es habitual para los políticos en ejercicio. Según como, este podría ser el único mérito de esta conferencia. Y reconozco que algunos de los puntos difíciles que he tratado deben formar parte de la propia naturaleza de la política. En todo caso, es una invitación a que la gente responsable del mundo político y también la sociedad en general piensen en ello, y que lo tengan presente a la hora de actuar y de expresarse y de hacer juicios. Porque los principales responsables de una política eficaz y, al mismo tiempo, correcta somos los políticos, pero los no políticos también tienen su parte de responsabilidad.